

La insurgencia social y la consolidación de los campesinos vallecaucanos

Alonso Valencia Llano

Profesor Titular

Departamento de Historia

Centro de Estudios Regionales, Región

Universidad del Valle.

Resumen

En este artículo se estudia la lucha de los sectores populares. Es un acercamiento preliminar a la insurgencia social que se presentó en el Valle del Cauca durante las primeras cinco décadas del período republicano, cuando los campesinos de la zona, se opusieron a las políticas estatales y fueron calificados y perseguidos como “bandidos”. Se busca mostrar que los campesinos y habitantes pobres de pueblos y ciudades habían asumido una actitud política frente, por una parte, a los intentos reformadores republicanos y, por otra, a la oposición que a ellos hacían los sectores más tradicionales de la sociedad, en particular los esclavistas. Desde luego se trata de una lucha política y social que se remonta al período colonial y a los orígenes mismos de la sociedad vallecaucana.

Abstract

In this article the fight of the popular sectors is studied. It is a preliminary approach to the social “insurgencia” that was presented in the Valley of the Cauca during the first five decades of the republican period, when the peasants of the area, were opposed the state politicians and they were qualified and pursued as “bandits.” It is looked for to show that the peasants and poor inhabitants of towns and cities had assumed an attitude political front, on one part, to the intents republican reformers and, for other, to the opposition that made the most traditional sectors in the society to them, in particular the pro-slavery ones. Certainly it is a political and social fight that goes back to the colonial period and the same origins of the society vallecaucana.

Palabras claves:

Insurgencia, Bandidos, campesinos, vallecaucanos, Estado republicano, Siglo XIX.

La consolidación de la sociedad vallecaucana está asociada a lo que en otros lugares de América se conoció como “guerra de castas”, una de las consecuencias de la forma en que los grupos sociales del Nuevo Mundo fueron integrados a la sociedad occidental. Se trata de una sociedad surgida del conflicto: de largas luchas intestinas entre los indígenas, del enfrentamiento de los peninsulares con los nativos, de la larga resistencia de éstos y, ante su sostenida crisis demográfica, de la importación de población negra esclava, cuya reproducción biológica en diferentes mezclas interétnicas habría de mostrar a sus

descendientes como el grupo social demográficamente dominante y que más lucharía por insertarse, primero, en la sociedad colonial y, después, en la republicana. En contraposición a este dominio demográfico, en la Gobernación de Popayán, y en particular en el aislado valle del río Cauca, se ubicaba la “esclavocracia” que dominaba el occidente de la Nueva Granada, lo que -según Brian R. Hamnett¹- refleja el peso social de unas élites que coincidieron en atribuir todos los males de la república a los “negros”.²

Situados en medio de la búsqueda de la “modernidad” y la defensa de la “tradición”, los campesinos vallecaucanos desarrollaron una resistencia social de larga duración que los llevó a asumir posiciones cada vez más políticas frente a los terratenientes, las jerarquías de la iglesia católica y los funcionarios coloniales y republicanos. Esto permitió su cohesión como grupo, la consolidación y defensa de sus prácticas culturales y a coyunturales alianzas con fuerzas políticas externas que se enfrentaban por el control de los espacios de poder en sus diferentes órdenes; y lo que es más importante: los llevó a luchar por el logro de sus reivindicaciones políticas y sociales, tales como la abolición de la esclavitud, el derecho a la propiedad de la tierra, a cultivar y comerciar libremente y a expresarse libremente como sujetos con derechos civiles y políticos.

Para entender este proceso, hablaré de la forma en que los campesinos vallecaucanos surgieron como grupo social en la estratificada Gobernación de Popayán, su persistencia durante la república y la forma en que durante la colonia y la república resistieron los diversos intentos de control de los sectores dominantes que los consideraron “bandidos”³ y “delincuentes” por ponerse alternativamente “dentro y fuera de la ley”.⁴

Surgimiento y consolidación de las sociedades campesinas vallecaucanas

Los campesinos vallecaucanos remontan sus orígenes a los pocos pueblos de indios encomendados que los españoles formaron en el valle, y cuya población sobrevivió a la tenaz resistencia que por más de un siglo, pijaos, chocoes y paeces, opusieron al establecimiento de la sociedad colonial en el Valle del Cauca. Se trataba de pueblos de indios de reciente creación, que más que en una fuente de tributos, se convirtieron en un medio de extracción de fuerza laboral para las estancias ganaderas, primero, y después para las haciendas productoras de carne vacuna, de guarapos aguardienteros, de azúcar y de cereales, con los cuales estancieros y hacendados, pudieron alimentar las cuadrillas de

¹ Brian R. Hamnett, “Popular Insurrection and Royalist Reaction: Colombian Regions, 1810 – 1823”, Christon I. Archer (editor), *The Wars of Independence in Spanish America*, Wilmington, Jaguar Book on Latin America, 2000, p. 44.

² El valle no estaba habitado solamente por negros y mulatos esclavos, aunque ellos eran un significativo 20% de la población; la mayoría de los habitantes la constituían los “libres de todos los colores”, una mezcla de indios, blancos y negros, que se convirtió en el más importante segmento de la población al alcanzar el 60%. Era esto lo que los blancos, el 16% de los habitantes, veían como negros: una masa social que sumada alcanzaba el 80% de la población.

³ Para una definición terminológica véanse las obras clásicas de E. J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1974 y *Bandidos*, Barcelona, Ariel, 1976.

⁴ La resistencia campesina vallecaucana al Estado colonial, primero, y al republicano, después, es una persistente conducta social que no es diferente a la seguida por otros campesinos en otros sitios de América, pues como muestra Miquel Izard, “en cada región indiana los beneficiarios políticos de la secesión debieron hacer frente, desde el primer momento, a la persistente insurgencia popular, que ya no cesaría ni un momento, y que mayoritariamente iba dirigida contra esta misma oligarquía.” Miquel Izard, *América Latina, Siglo XIX. Violencia, subdesarrollo y dependencia*, Madrid, Editorial Síntesis, 1990, p. 51.

esclavos que llevaron a la frontera minera del Chocó, del Raposo, de Barbacoas y Tumaco en la costa del Océano Pacífico.

Sometidos a formas nuevas de explotación laboral, a dietas y enfermedades extrañas y a un acelerado proceso de mestizaje, la población indígena fue disminuyendo y en su lugar fue surgiendo una población de mestizos, que lentamente ocupó las tierras que los indios, sus antepasados en la mayoría de los casos, iban dejando despobladas; a estas tierras también llegaron, blancos pobres y mestizos de los pueblos y ciudades que no encontraban donde desarrollar sus actividades económicas, quienes ejercieron permanente presión hasta apropiarse de las tierras de las comunidades. De esta manera los pueblos de indios sirvieron para conservar críticamente la institución de la encomienda, pero no permitieron garantizar la supervivencia de las comunidades indígenas, ni la conservación de su cultura; no obstante, ellos fueron importantes para consolidar una sociedad campesina alternativa frente a la sociedad colonial estamental sustentada en las ciudades. Así mismo, a pesar de no permitir un poblamiento nuclear a la manera de los pueblos y ciudades españolas, sirvieron para que a lo largo del Siglo XVIII y del XIX, grupos importantes de mestizos formaran los pueblos y las ciudades intermedias que hoy configuran la trama urbana del actual Departamento del Valle del Cauca.

El reemplazo de la fuerza laboral indígena por esclavos africanos fue ampliando aún más el mestizaje y, con él, la población de “libres” –una condición jurídica aplicada a aquellos mulatos, pardos y zambos, que no estaban sometidos a la esclavitud, y a los descendientes de los indios que ya no estaban vinculados al régimen de comunidades-. Muchos de éstos invadieron las tierras desaprovechadas por los hacendados, cuyos precarios títulos de propiedad no bastaban para expulsarlos, pues como lo demostró José Escorcia- el área total de las haciendas no era aprovechada en forma productiva, ya que buena parte de ella era mantenida como zonas de reserva ocupadas con ganadería cimarrona que les garantizaba una propiedad precaria.⁵ Esto se complementa con las afirmaciones de Eduardo Mejía quien, al estudiar las características de las culturas campesinas vallecaucanas, encontró que muchas surgieron en zonas lacustres y bosques húmedos a orillas de los ríos –también marginales a las haciendas- que garantizaron una autosuficiencia que los hacía independientes de los hacendados y de las ciudades.⁶ Desde luego, estos autores, señalan otras formas de surgimiento de los campesinos, pues coinciden en mostrar la conformación de una pequeña propiedad legalizada en manos de blancos pobres y mestizos que, por medio de títulos herenciales, desarrollaron pequeñas unidades productivas en terrenos proindivisos, o en antiguas tierras vinculadas por títulos de mayorazgo o dedicadas a obras pías. Desde luego, también se dieron pocas compraventas y donaciones gratuitas de minifundios, que permitieron el desarrollo de algunas “fincas”, “chácaras” o “chagras”, nombres que recibieron las unidades económicas campesinas en los documentos notariales y demandas públicas que hemos consultado.⁷

⁵ José Escorcia, “Desarrollo político, social y económico. 1800-1850”, *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca*, Bogotá, Banco Popular, 1983, p. 38.

⁶ Eduardo Mejía, *Origen del Campesino Vallecaucano*, Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, 1993.

⁷ Estos procesos no son típicos ni exclusivos del Valle del Cauca, pues se han presentado en muchos lugares del mundo como lo demuestra Guiomar Dueñas al estudiar las formas de resistencia campesina en

La importancia de la población campesina se hizo evidente en los padrones poblacionales que se realizaron a lo largo del siglo XVIII. Su gran número llamó la atención de funcionarios coloniales quienes vieron en ellos la posibilidad de lograr arbitrios rentísticos en una zona en la que el tributo indígena no era significativo para la Real Hacienda. Su economía, aunque con muchos niveles de autosubsistencia, generaba algunos excedentes comercializables, entre ellos cacao, aguardiente y tabaco que, al llevarse directamente a las zonas de consumo situadas en la frontera minera del Pacífico, les permitía competir con la producción de las haciendas del Valle, sometidas, estas sí, a controles por parte de los rematadores de rentas decimales, de alcabalas o de las estancadas cuando éstas se establecieron. Los intentos por imponer contribuciones y por controlar los cultivos y producción campesina, sobre todo los estancados, produjeron a lo largo del siglo XVIII importantes levantamientos de los campesinos quienes mostraron una fuerte capacidad de negociación, que hizo evidente que ellos habían aprendido de las élites el juego político con las autoridades coloniales, pues al comprender la imposibilidad de lograr la eliminación de los estancos propusieron el pago por “encabezamiento”, una suma que saldría de calcular el impuesto sobre la producción global que sería dividida entre todos los productores del pueblo o del partido correspondiente, lo que, argumentaban, formaba parte de su tradición; de esta forma, el pago comunitario se imponía sobre el individualizado que buscaban los representantes de la autoridad.⁸

La falta de capacidad de negociación de los funcionarios coloniales, llevó a que se materializara en la práctica la máxima española “se acata pero no se cumple”, pues mientras los funcionarios consultaban con los funcionarios borbónicos la posibilidad de aceptar el encabezamiento, los campesinos siguieron produciendo y comercializando -

el centro de la actual Colombia; ella al seguir conocidos modelos y autores europeos y americanos, sintetiza las siguientes formas de surgimiento de sociedades campesinas:

a) A través de la descomposición de sociedades indígenas, fenómeno que se venía presentando desde los primeros años de la colonia y que se acentúa durante los siglos XVIII y XIX. [...] La Corona española había fracasado estruendosamente en sus intentos de separación de las etnias. Es así que los pueblos de blancos estaban despoblados y los resguardos estaban llenos de blancos y mestizos. El proceso de descomposición de los resguardos no era solo el resultado de la disminución de la población indígena, sino de la necesidad de la población nativa de buscar trabajo en las haciendas vecinas para cumplir con el tributo exigido. Así pues, contra lo que se afirmaba hace una década, la presión contra las tierras comunales no siempre provenía de las haciendas vecinas hambrientas de tierras y trabajadores, y el conflicto no era siempre entre los dueños de grandes estancias contra los indígenas; más bien el conflicto tenía carácter interno y estaba constituido por la presión que ejercían los mestizos, y blancos sobre las tierras de los indios. [...]

b) A través de la migración de grupos mestizos provenientes de las ciudades cercanas y que se vinculan a las haciendas en calidad de arrendatarios, o que van a constituir una capa importante de parcelarios libres [...]

c) Finalmente, una vía importante en la formación del campesinado está asociada con la ocupación de tierras baldías en tierras de vertiente, en áreas marginales a los centros de producción y de consumo.

En resumen se puede decir que el rasgo más visible del campesinado es su diversidad racial.

Guiomar Dueñas Vargas, “Algunas hipótesis para el estudio de la resistencia campesina en la región central de Colombia. Siglo XIX”, *Anuario de Historia Social y de la Cultura* 20 (1992), pp. 95 y ss.

⁸ Se trataba de formas de negociación similares a las que encontró Germán Colmenares, cuando estudió la manera en que las élites vallecaucanas habían pagado las “composiciones de tierras” durante el Siglo XVII, en las que el “encabezamiento” por ciudad se impuso sobre el pago individual por propiedad. Germán Colmenares, *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*, Cali, Universidad del Valle, 1975

esta vez en forma de contrabando-, sus productos, evadiendo nuevamente los controles de los rematadores de rentas con sus “resguardos” y los intentos de los cabildos para que pagaran diezmos y alcabalas. Esto sucedía en medio de una de las más importantes crisis económicas regionales, pues la minería aurífera había disminuido su producción con la caída de mercados para la producción esclavizada de las haciendas y, el Valle, entraba en un proceso de depresión que llevó a que los hacendados, desde los cabildos o individualmente, redoblaran esfuerzos por someter las economías campesinas que mostraban capacidad para avanzar en procesos cada más amplios de comercialización. De esta manera mientras las haciendas entraban en crisis, las economías campesinas se consolidaban y expandían. En respuesta los cabildos hicieron esfuerzos por controlar lo que consideraban una díscola población no contribuyente, los curas por organizarlos en pueblos a la manera de españoles para acabar con los concubinatos y otras formas de “malvivir”⁹ y los hacendados por controlar lo que consideraban formas de delincuencia, pues veían que los sitios campesinos se habían convertido en focos de criminalidad, donde predominaba el abigeato y otros delitos. La respuesta campesina fue curiosa y la podríamos sintetizar en tres tipos:

1° La de los mulatos que ocuparon con parcelas dispersas la antigua y extensa zona indígena de Guacarí, en la suela plana del valle situada al sur de la ciudad de Buga, quienes se negaron a someterse a cualquier forma de poblamiento que lesionara su recién adquirida tradición.

2° La de los mestizos y blancos pobres que ocuparon los pueblos de indios de Tuluá en el norte de Buga y los de Roldanillo, en el norte de Cali, quienes lucharon porque sus pueblos se convirtieran en “villas”. De esta forma buscaban entrar en un proceso social que les permitiera romper con su pasado indígena, diferenciarse de los campesinos de origen esclavo –“los negros”- que poblaban casi todo el valle, y asimilarse a los vecinos blancos de Cali y de Buga, que al contrario de lo que esperaban, al oponerse a sus pretensiones hicieron evidente que los seguían considerando con los términos peyorativos de “indios” o “negros”, ocultos en la categoría de “libres de todos los colores”.

3° Los campesinos negros del sur del valle, quienes -organizados en el pueblo de Quilichao- quisieron legalizar su poblamiento al pedir su conversión en villa para librarse de la sujeción de las élites blancas de Caloto y Popayán, las que les negaron toda la posibilidad de lograrlo.

Desde luego, hubo muchos otros campesinos situados en los piedemontes de las cordilleras Central y Occidental de los Andes, o dispersos en las tierras de propiedades indivisas de la suela plana, que no se acoplan a los procesos acabados de mencionar y quienes, desde su resistencia a las formas de control, terminarán habitando en pueblos relativamente nucleados, pero este proceso es más característico de finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Actividad política de los campesinos durante la independencia vallecaucana

⁹ Eduardo Mejía, *Campesinos, poblamiento y conflictos: Valle del Cauca. 1800-1848*, Cali, Centro de Estudios Regionales –Región, Universidad del Valle, 2002.

Las anteriores fueron las condiciones sociales de los campesinos vallecaucanos en los momentos en que la élite regional se vio inmersa en los conflictos de la independencia. Situada la región en un espacio gubernativo que basculaba entre el Virreinato de la Nueva Granada y la Audiencia de Quito, se vio afectada primero por el movimiento autonomista quiteño y después por la independencia de Santa Fe, pero fue la oposición de la élite de la ciudad Popayán a aquellos movimientos, lo que le dio un carácter particular a las guerras de independencia en la zona. En efecto, la declaratoria de independencia de Cali, el 3 de julio de 1810, frente a las autoridades coloniales que estaban representado el poder invasor de los franceses, contó con una fuerte oposición de importantes sectores de Popayán a pesar que haber sido hecha en defensa de Fernando VII; esto dio al movimiento el carácter de “guerra de ciudades”, materializada en lo que se llamó “Ciudades Confederadas del Valle del Cauca”.¹⁰

La respuesta militar que dieron las autoridades de Popayán con su “Compañía Fija” y la organización de milicias llevó a la movilización de amplios sectores de la población campesina del sur de la Gobernación en apoyo a las autoridades coloniales, mientras que los del Valle lo hicieron a favor de la confederación. Una clasificación de las motivaciones de esta movilización podría ser la siguiente:

1° La de muchos esclavos de Popayán, lograda gracias a la promesa de libertad que hiciera el gobernador español don Miguel Tacón y Rosique, acto que -sin lugar a dudas- debió contar con el beneplácito de los propietarios, muchos de los cuales estaban fuertemente entroncados con la administración colonial.

2° La de los negros de valle del río Patía, quienes desde tiempo atrás habían mostrado su rechazo a las élites regionales –tanto de Popayán como del Valle-, al conformar una zona de frontera donde en algunos palenques se refugiaban negros libres y huidos de haciendas del Valle y de minas del Pacífico. Su movilización se logró de tres maneras: la promesa de libertad dada por Tacón a los esclavos que se vincularan al ejército ya que ella permitiría superar la situación de ilegalidad en que se encontraban muchos de ellos; la venganza por el incendio del pueblo de Patía, realizada por Eusebio Borrero, un hacendado vallecaucano comandante del ejército revolucionario; y, por último, la acción de algunos miembros del clero de Popayán, quienes se encargaron de organizar las guerrillas que caracterizaron la zona.¹¹

¹⁰ Este proceso fue similar a los que se vivieron en Quito en 1809, en Cundinamarca durante la llamada “Patria Boba” de 1810 y en el oriente de la Nueva Granada en 1811, que tanto habrían de afectar a los campesinos vallecaucanos. Véase al respecto Alonso Valencia, “Participación de Sectores Sociales en la primera etapa de la Independencia: Quito 1809-1812”, *Historia y Espacio*, N° 9, Cali, Universidad del Valle, Departamento de Historia, 1984. Armando Martínez Garnica, “La reasunción de la soberanía por las provincias neogranadinas durante la primera república”, *Anuario. Historia regional y de las fronteras*, N° VII, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Historia, septiembre de 2002. Hermes Tovar Pinzón, “Guerras de opinión y represión en Colombia durante la Independencia (1810 – 1820)”, *Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura* 11 (1983). Richard Stoller, “Ironías del federalismo en la Provincia del Socorro, 1810 – 1870”, *Fronteras* N° 2, volumen 2, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998.

¹¹ A pesar de tener en cuenta estos factores para la movilización, Francisco Zuluaga le da más peso a las relaciones clientelistas que se habían establecido desde tiempo atrás entre algunos hacendados –entre ellos la familia adoptiva de José María Obando quien se convertiría en el más importante caudillo de la zona- y muchos de los negros del Patía. Véase Francisco Zuluaga, *José María Obando, de Soldado Realista a Caudillo Republicano*, Bogotá, Banco Popular, 1985; “Clientelismo y guerrillas en el Valle del Patía” en

3° La de los mestizos e indígenas de Pasto, quienes fueron movilizados por la acción del clero fanático liderado por el Obispo Salvador Jiménez de Padilla.¹² Desde luego, confluyen en su movilización otros factores, entre ellos una unión con la élite local para defender una cierta autonomía regional frente a las ambiciones políticas de los quiteños y de los vallecaucanos.¹³ Su resistencia se prolongaría por varios años después de conseguida la independencia debido a las acciones de retaliación ordenadas por Bolívar y llevadas a cabo por Juan José Flórez y Antonio José de Sucre.¹⁴ Hamnett, menciona otro elemento a tener en cuenta: que la rebaja en el tributo indígena fue la recompensa que ofreció Tacón a los pastusos por el apoyo a las tropas reales, pero no dice que esta fuera una de las motivaciones para su participación.¹⁵

4° La de los mestizos del valle del Cauca quienes, al contrario de lo que afirma Hamnett, no mostraron un sentimiento generalizado a favor de los patriotas; tampoco de Rey. Las primeras milicias organizadas por la élite estuvieron integradas principalmente por gente muy cercana a los sectores tradicionales, pues las milicias que se habían organizado a finales del Siglo XVIII habían sido prácticamente disueltas después de la “Rebelión de Pardos de Llanogrande”, en 1778, cuando hicieron ver a los sectores dominantes “lo peligroso” que era armar a las castas.¹⁶ Sin embargo, las vicisitudes de la guerra llevaron a reclutamientos de campesinos y su vinculación a milicias que –al contrario de lo que dicen François-

Germán Colmenares (editor), *La Independencia. Ensayos de Historia Social*, Bogotá, Colcultura, 1986 y *Guerrilla y Sociedad en el Patía*, Cali, Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, 1993.

¹² La oposición de Obispo a los patriotas fue constante. Incluso en 1819, cuando ya los ejércitos patriotas entraban al Valle después del triunfo de Boyacá, “fulminaba” a sus fieles con pastorales en las que ordenaba “*Temed a Dios y honrad al Rey*”, (“Circular del obispo de Popayán Salvador Jiménez de Padilla a los sacerdotes”, Popayán, agosto 27 de 1819, AGI, Cuba, Legajo 744, documento N° 94.), y para reiterar sus compromisos con la causa realista amenazaba con excomuniones como esta:

en uso de la facultades que el mismo Dios me ha dado de su vicario en esta tierra, por este excomulgo con excomunión mayor *ipso facto incurrida* a todos aquellos que cooperen de cualquier modo que sea o presten auxilios a los traidores para que lleven adelante su revolución. Declaro en entredicho a todos los pueblos que no se sometan a las legítimas autoridades del Rey, nuestro señor, y a todos los eclesiásticos seculares o regulares que estuviesen en ello les suspendo el uso de sus licencias, les prohíbo el que digan misa, y les mando que no den sepultura eclesiástica ni hagan oficios divinos por todos aquellos que muriesen con las armas en la mano peleando contra las tropas reales, cuyas censuras deben extenderse a todos los pueblos y personas que en esta mi diócesis diesen motivos para incurrir en ella en público o privadamente. El señor con su infinita misericordia, os preserve por medio de vuestra tranquilidad y fidelidad a nuestro legítimo Soberano de incurrir en un abismo de males que nos estremecemos al vernos precisados a fulminar.

“Circular del obispo de Popayán Salvador Jiménez de Padilla”, Popayán, septiembre 9 de 1819, Archivo General de Indias, Cuba, Legajo 744, documento N° 102.

¹³ Gerardo León Guerrero, *Pasto en la Guerra de Independencia: 1809-1824*, Pasto, s. e., 1994.; Ramiro Pabón Díaz, *La fatídica e incomprensible guerra de Pasto: 1809-1824*, Pasto, s.e., 1995.

¹⁴ Valencia Llano, Alonso, “Importancia de Antonio José de Sucre en la historia de Colombia”, Enrique Ayala Mora (editor), *Sucre, soldado y estadista*, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 1995.

¹⁵ Hamnett, “Popular Insurrection and Royalist Reaction”, p. 55.

¹⁶ Eduardo José Patiño y Miguel Arturo Londoño, “La rebelión de Pardos de Llanogrande, 1778”, Cali, trabajo de grado inédito, Universidad del Valle, Departamento de Historia, 1998”, y “Los pardos la hicieron ver negra”, en *Gaceta*, N° 402, Cali, periódico *El País*, 26 de julio de 1998.

Xavier Guerra y Georges Lomné refiriéndose a Santa Fe¹⁷ - no tenían el propósito de formar ciudadanos, sino el de servir de fuente de reclutamiento de soldados; esto llevó a un largo proceso de resistencia que se manifestó en permanentes deserciones y en la huida a los montes para evitar “las reclutas”.

La reconquista española en 1814 no modificó mucho las cosas, pero hizo evidente que la guerra había relajado los tradicionales lazos de sujeción social e incrementado las huidas a los montes, actividades que las autoridades y la élite consideraban delincuenciales. Esto produjo una modificación en la política de reclutamientos, pues los campesinos fueron llevados al ejército y también a la construcción forzosa de obras públicas, mecanismos que fueron considerados como formas “moralizantes” para una población que estaba dando grandes muestras de “bandillaje” al vivir en los montes y de “cimarronismo” de los esclavos quienes huían aprovechando la confusión del momento; este proceso moralizador no modificó sustancialmente las tradicionales conductas campesinas, pero sí llevó a que los hombres y mujeres del campo identificaran a las autoridades coloniales como sus enemigos, por lo que espontáneamente en 1819 enfrentaron los ejércitos realistas; en Caloto, por ejemplo, fueron campesinos quienes mataron al gobernador de Popayán, y en La Batalla de San Juanito fueron campesinos sin entrenamiento militar previo, quienes expulsaron definitivamente el ejército reconquistador del valle del Cauca.

De todas maneras, la participación de los campesinos en el proceso de independencia tuvo para ellos dos consecuencias negativas:

1º Muchos dejaron de ser campesinos libres y se convirtieron en reclutas forzosos para marchar a la guerra en Pasto, Quito y Perú. Esto llevó a una permanente presión sobre aquellos que los llevaría a abandonar sus tradicionales formas de vida e incrementar la de los “enmontados”, una nueva forma de colonización de selvas internas que los campesinos convirtieron en el único medio para reconstruir sus economías, bastante menguadas por la pérdida de brazos y la destrucción de chagras y fincas. Lo hicieron de acuerdo con sus tradiciones contrabandísticas: sembraron tabaco –que las autoridades coloniales habían desestancado y las republicanas volvieron a estancar-, destilaron aguardiente, y convirtieron “los rastros” –la venta de carne seca y en salmuera- en su más importante actividad económica, pues las reses y cerdos eran a menudo producto del abigeato. Esto mostrará de nuevo unas sociedades campesinas cimarronas acusadas de prácticas delincuenciales de diverso tipo, que las élites intentaban controlar sin mayores resultados.

2º Muchos de los campesinos que no huyeron fueron convertidos en contribuyentes por el Estado republicano, que los obligó a contribuir de acuerdo con sus actividades y niveles de renta y a pagar impuestos sobre la tierra y sus productos, en una continuidad del régimen impositivo colonial pues alcabalas, diezmos y

¹⁷ François-Xavier Guerra, “De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía”, François-Xavier Guerra y Annick Lampérière et al, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*, México. Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 138.p. 138; Georges Lomné, “La Patria en representación. Una escena y sus públicos: Santa Fe de Bogotá, 1810 – 1828”. Guerra y Lampérière et al, *Los espacios públicos en Iberoamérica*, p. 337.

estancos constituyeron la base fiscal de la república.¹⁸ Por supuesto, hubo mucha resistencia y evasiones que fueron perseguidas por las autoridades, pero lo cierto es que muchos campesinos entraron al régimen republicano gracias a su conversión en contribuyentes.

Lo más interesante de la oposición al nuevo sistema tributario fue que permitió que los campesinos expusieran un pensamiento político que reflejaba las nuevas ideas por las que los patriotas habían luchado: el uso de una “razón ilustrada” que llevaría a la emergencia de lo que consideraban un nuevo orden social, y una búsqueda de la “felicidad”, que en esos momentos se refería al mejoramiento de las condiciones económicas.¹⁹ Las más importantes transformaciones, sin embargo, se sintieron en el campo político, pues para lograr una mayor eficiencia en los aspectos administrativos se alteró el viejo orden de las ciudades con términos territoriales e instituciones patrimoniales y se avanzó en el desarrollo de uno que estuviera más de acuerdo con el sistema republicano. Esto significó quebrar la hegemonía subregional de las viejas ciudades coloniales y sus élites y darle mayor categoría a pueblos que fueron elevados a la categoría de villas con todas las implicaciones que esto tenía al exigir un aparato administrativo en el cual los campesinos –los excluidos de la colonia- encontraron espacios de participación política que los convirtió en electores y elegibles y –guardadas proporciones- en integrantes de la naciente burocracia republicana; esto es lo que, según Marcello Carmagnani, convierte al sector de los campesinos en “un actor social capaz de reivindicar un papel político.”²⁰

Queda una última consecuencia de la independencia que es necesario destacar: el comportamiento de los esclavos durante el proceso. Ya mencionamos que muchos esclavos de la ciudad de Popayán se vincularon a los ejércitos debido a la promesa de libertad que les hiciera Tacón en 1811, promesa que no se cumplió ante la incapacidad del Estado de someter las tropas patriotas y pagar el valor de los esclavos a los propietarios; pero si se les presta atención a las quejas de los esclavistas -realistas o patriotas-, muchos de los esclavos habrían aprovechado el caos generado durante el período para escapar. La situación no parece haber cambiado mucho cuando los ejércitos de Bolívar llegaron al Valle, pues para formar el ejército del Sur, el Libertador ordenó la conscripción de 5.000 esclavos, quienes obtendrían su libertad al finalizar su servicio. La respuesta de los esclavos y los esclavistas no fue la que Bolívar esperaba, pues muchos negros huyeron y muchos amos ocultaron sus esclavos.

En el fondo del reclutamiento ordenado por Bolívar estaba el temor que los libertadores sentían frente a una posible guerra racial como las que se habían dado en Venezuela y que en el Valle parecieron evidenciarse a partir de 1819, cuando muchos negros liderados por el filibustero inglés, Juan Runel, conservaron las armas y en medio de alteraciones del orden público, que incluyeron saqueos y asalto, gritaron: “¡Mueran los blancos y los

¹⁸ Tal y como lo afirma Margarita González quien demuestra que, para sostenerse, el gobierno republicano tuvo que recurrir a la “supervivencia de los sistemas coloniales de contribución destinados a la financiación del Estado y del aparato gubernamental”. Véase su artículo: “Aspectos económicos de la administración pública en Colombia: 1820 – 1886”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 13-14 (1986), p. 63.

¹⁹ Estas ideas fueron expuestas por los “pobres de Buga” en una apelación contra el alcalde José Vicente Garrido. Ver Archivo Histórico Municipal de Cali, Caja 38, Año. 1812, f. 71r.

²⁰ Marcello Carmagnani, “Prólogo”, Gabriela Tío Vallejo, *Antiguo régimen y liberalismo, Tucumán, 1770 – 1830*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 2001, p. 11.

godos!”. Por otra parte, en algunas zonas como las montañas de Tuluá, los montes cercanos a Caloto, los de la Torre, Llanogrande y en la región de Supía, se estaban dando verdaderos procesos de cimarronismo armado muy difícil de controlar por el nuevo gobierno. No se trataba del cimarronismo colonial, aquel que era emprendido por grupos de esclavos para construir formas de vida en lugares alejados de sus opresores, sino el realizado en zonas poco controladas por los blancos en las cuales iniciaban proceso de apertura de parcelas para la producción de tabaco, destilación de aguardiente y salazones que eran comercializados por medio del contrabando en las zonas de frontera minera, de colonización o en las mismas ciudades vallecaucanas. En cierta forma siguieron inmersos en procesos económicos tradicionales, de allí el esfuerzo de los administradores republicanos por insertarlos en la república y el de los hacendados por sujetarlos nuevamente. Izard, ofrece una opinión de algún viajero acerca de este tipo de cimarronaje, que podríamos llamar “republicano”, y que también se presentó en Venezuela: “[...] ha habido una gran dispersión debido a la inseguridad. Cuando desaparezca esta última causa, muchos regresarán de sus *escondites* y ayudarán a cultivar la tierra”.²¹ En efecto, muchos regresaron y al mismo tiempo que exigieron el reconocimiento jurídico de su libertad, exigieron el derecho a la propiedad de las tierras que cultivaban, condición que sabían necesaria para ser considerados libres.

La situación se hizo más crítica a partir de 1821 con la expedición de leyes que buscaban abolir la esclavitud, así fuera una abolición gradual, pues los esclavos entendieron que la esclavitud sería definitivamente abolida; no esperaron a que ello ocurriera y se convirtieron en agentes de su propia libertad al acelerar procesos de huida, lograr la libertad por procesos manumitorios, o reclamándola en los tribunales, proceso similar a los ocurridos en otros sitios de América.²² Esta actitud de los negros es la que habría que relieves, pues ella incrementó la oposición de los terratenientes que veían que no sólo sus esclavos huían, sino que los pocos que lograban conservar entraban en procesos de manumisión y de libertad de vientres resquebrajando definitivamente el orden social que los había convertido en sector dominante. Esto me permite proponer un camino diferente al indicado por Germán Colmenares y que ha sido seguido al pie de la letra por muchos historiadores regionales vallecaucanos. Según Colmenares: “En el examen de la disolución de los vínculos esclavistas la atención no debería concentrarse entonces en el momento mismo de la independencia, y ni siquiera en el momento de la manumisión definitiva, sino en un período más largo, que forzosamente debería erosionar la “institución peculiar”,²³ pues sin perder de vista el largo proceso de conquista de la libertad por muchos esclavos durante el período colonial, lo cierto es que fue precisamente la independencia la que señaló el fin de este tipo de fuerza laboral.

Desde luego, el proceso fue aún más largo y se dio en medio de una insurgencia cada vez más fuerte desarrollada por los esclavos y los campesinos vallecaucanos de los que hacían parte, quienes debieron seguir enfrentando las pretensiones de los sectores más conservadores por retardar la abolición definitiva de la esclavitud y por someter a los

²¹ Izard, *América Latina, Siglo XIX*, pp. 86 –87.

²² Carlos Aguirre, *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud. 1821-1854*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú. 1993.

²³ Colmenares, “Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca. 1810 – 1830”, Germán Colmenares (compilador), *La independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Colcultura, Bogotá, 1986, pp. 149 – 150.

libertos y hombres libres a nuevas formas de sujeción social que ocultaron en los intentos por monopolizar los cultivos comerciales, única forma de quitarle autonomía a los sectores campesinos. En esto estriba su persistente lucha por el derecho a cultivar libremente, que se materializó en el enfrentamiento contra el Estado republicano y los guardias de los estancos que los llevó a gritar nuevamente en 1830: “¡mueran los blancos!”. El grito no fue más que un anticipo del nuevo período de insurgencia social que los convertiría en actores políticos del proceso que, iniciado con la “Guerra de los Supremos” en 1839, terminaría en 1851, cuando el triunfo liberal, con su apoyo, haría que logaran sus tres más importantes reivindicaciones: la abolición de la esclavitud, la de los estancos y las tierras comunales.

La insurgencia social

Desde comienzos del Siglo XIX se vivieron en el valle del río Cauca una serie de acontecimientos violentos que llevaron a que sectores de la tradicional élite payanesa temieran la emergencia de movimientos de protesta social caracterizados por la guerra racial. El grito *¡Mueran los blancos y los ricos!* se escuchó en diferentes momentos: en 1819 luego de que los campesinos del Valle expulsaran a las tropas realistas y prepararan la entrada triunfante de las fuerzas libertadoras que marcharían al sur; en esta ocasión fueron liderados por el filibustero inglés John Runel, con quien asaltaron y saquearon haciendas siguiendo una consigna que expresaba su rechazo a la exclusión social y a su ínfima posición de clase. Vencidos por una alianza surgida entre la élite payanesa y los militares representantes del nuevo Estado republicano, su consigna de rechazo racial y clasista volvió a escucharse en 1830 en Cali cuando, aprovechando la coyuntura política que brindaba la lucha contra la dictadura bolivariana, intentaron que el libertador Bolívar –sometido a fuertes presiones por sus opositores- les entregara las tierras comunales y aboliera los estancos de tabaco y aguardiente; de esta manera esperaban convertirse en campesinos libres, poseedores de tierras y capaces para producir y comerciar libremente.

En 1840, muchos de los campesinos del Valle volvieron a expresar su rechazo ante la continuidad de formas de sujeción que, por haberse establecido durante el período colonial, consideraban antitéticas con el régimen republicano. No tenemos testimonio de que en esta ocasión se expresaran consignas como la antes citada, pero si sabemos que muchos esclavos apoyaron a José María Obando, el “Jefe Supremo” que les ofreció la libertad definitiva si lo apoyan en su lucha insurgente contra el gobierno conservador. Nuevamente vencidos, debieron esperar hasta finales de la década de 1840 cuando jóvenes liberales enarbolaron la bandera de la libertad de los negros y del reparto de las tierras comunales para enfrentar una élite que parecía destinada a perpetuarse en el poder. Esta vez fueron consignas sociales las que permitieron que se estableciera una alianza política entre los hombres y las mujeres pobres del Valle, con el sector de la élite que enarbolaba las banderas del naciente partido liberal con sus consignas de “Igualdad, Libertad, Fraternidad”: la lucha por la libertad de los esclavos, por la abolición de los estancos nuevamente implantados por el régimen conservador, y, de nuevo, por el reparto de las tierras comunales. Esta vez, saborearon el triunfo al jugar un papel importante en la elección presidencial de José Hilario López en 1849, que permitiría conquistar no sólo sus reivindicaciones sociales y económicas, sino también la categoría política de la “ciudadanía” para los varones.

Su reconocimiento como grupo social capaz de desempeñarse libremente en la sociedad republicana, se vio dificultado por la acción de los terratenientes esclavistas, quienes buscaron negarles sus recientes conquistas. Esto llevó, de nuevo, a procesos de insurgencia que revivieron la vieja consigna de rechazo a los blancos y a los ricos, que se expresaron en actos vandálicos conocidos eufemísticamente como los “retozos democráticos” y más crudamente como “el perrero”, que incluyeron derrocamientos de cercas, invasiones de tierras, asaltos de haciendas, flagelaciones y de una que otra muerte. Esta vez se trató de una protesta social muy amplia que cubrió prácticamente todo el valle del Cauca y que se prolongó entre 1849 y 1854 cuando estos mismos hombres y mujeres apoyaron la dictadura de José María Melo. La violencia de sus acciones llevó a que una alianza de los sectores dominantes los sometiera nuevamente a un orden controlado por los terratenientes.

Sólo en 1859 las reivindicaciones de los vallecaucanos pobres parecieron lograrse. Esto ocurrió cuando apoyaron la revolución liderada por Tomás Cipriano de Mosquera, quien se alió con los liberales José María Obando y José Hilario López para derrocar a los conservadores del poder. Esta vez, el triunfo revolucionario permitió el reconocimiento pleno de sus derechos ciudadanos, su participación en espacios de representación y de poder y se abrieron efectivos canales de ascenso social. Estos logros –a pesar de algunas guerras civiles- se mantuvieron sin mayores cambios hasta el Siglo XX, cuando nuevas expresiones de violencia política, esta vez de carácter más partidista que racial, unidas a importantes transformaciones económicas en campos y ciudades vinieron a afectar nuevamente la vida de los vallecaucanos y obligaron a un proceso continuado de despoblamiento del campo y de concentración urbana.